

Si ha chocado á los lectores el lenguaje culto y la educación esmerada de Pepita, que parece inverosímil cuando se ha dicho quién era su madre, les haremos una corta explicación. Pepita desde muy niña se había criado en una casa española y aprendido cuanto se enseñaba en aquel tiempo, á la vez que su corazón se había nutrido con las máximas de una sólida virtud. Cuando estalló la guerra de independencia, la familia dispersa y emigrada tuvo que abandonar á Pepita, así como á otras huérfanas que por caridad educaba. Pepita volvió al lado de su madre, mujer brutal y viciosa, y el curso de esta historia ha dado á conocer la clase de vida y de peligros á que estaba expuesta.

## VI.

## LA ESCARAMUZA.

Una noche el capitán Castillo recibió un parte en que se le noticiaba que una gavilla de realistas estaba á cuatro leguas del pueblo, en la falda de una loma. Inmediatamente se dirigió al cuartel, dió todas las órdenes convenientes para la marcha, dejó la tropa al cuidado del teniente Dávalos, mientras regresó á su casa á cenar con la buena y amable Pepita, cuya dulzura y cuyo talento fascinaba cada vez más y más al capitán.

—Esta noche, le dijo, sentándose á la mesa, y procurando afectar alegría, será necesario que yo me quede en el cuartel, así tú y José cuidarán la casa: ambos son valientes, continuó riéndose, y si vienen los enemigos serán rechazados.

—¿Y habrá inconveniente en que yo acompañe á vd. al cuartel, capitán?

—Acaso tendremos que salir, y entonces sería...

—¿No decía yo á vd. bien, capitán, que una mujer estorba?

—Lo que hay de cierto, hija mía, es que antes era un motivo de regocijo para mí el batirme con los enemigos, y ahora tengo cierta pesadez, cierta repugnancia... ya se ve, antes no tenía yo nada que me uniera con la vida, y ahora te tengo á tí, y por cierto que no querría yo dejarte abandonada.

—Por mi parte tengo también cierto susto, cierto presentimiento... ¿Qué habrá acaso algunos enemigos?

—Sí, una partida muy corta; unos cuantos tiros los harán correr, y todo se concluirá en el momento.

—¡Pero, calle!... son las doce... Adiós, Pepita, le dijo el capitán, dándole un beso en la frente. José, mucho cuidado con la casa.

El capitán se fué al cuartel, la tropa estaba montada, y sólo lo esperaban á él para ponerse en marcha, lo cual ejecutaron con

mucho silencio, desfilando en hileras por las calles más solas del pueblo. Toda la noche caminaron entre las tinieblas y los precipicios; á la madrugada avistaron la loma en cuya falda debía estar el enemigo. Cuando la luz comenzó á salir, y el horizonte pintado de gualda y nácar despedía luz bastante para distinguir los objetos, el capitán reconoció al enemigo formado en batalla y dispuesto á resistir.—Eran como doscientos caballos; pero después de la conversación que se ha referido del teniente Dávalos y del capitán, éste no hubiera reculado un paso aunque hubieran sido doscientos mil los enemigos. Dividió su fuerza en dos trozos. Con uno de cincuenta caballos determinó acometer el centro del enemigo y desorganizarlo, y el otro al mando del teniente Dávalos, serviría para flanquearlo y cortarle la retirada por el lado derecho, pues en el izquierdo había un barranco profundo; combinado así su plan, lo puso en ejecución con la prontitud de un relámpago. Antes de que el enemigo pensase en nada, el capitán ya había acometido su centro con los cincuenta caballos, y los dragones repartían golpes á diestro y siniestro como si fueran impulsados por una máquina de vapor. El enemigo desconcertado comenzó á dispersarse, y unos se rendían é imploraban compasión, otros dejaban su caballo y corrían á esconderse en la barranca; y otros más resueltos

se abrían paso y apelaban á la velocidad de sus caballos. Todo esto pasó en momentos. Cinco soldados muertos y algunos heridos fué la pérdida que experimentaron los insurgentes. El caballo del capitán había recibido un balazo en el pecho y echaba sangre á borbotones; pero éste no lo había notado, hasta que el animal, vacilante y moribundo, cayó al suelo con el jinete.

El capitán quiso levantarse; pero unos brazos que lo enlazaban lo detenían. Era Pepita.

—¿Tú aquí, Pepita? ¿Tú aquí, hija mía? exclamaba el capitán.

—Era una crueldad dejar á este valiente José sin parte en la victoria; y por otra parte, ninguna mano más amorosa que la mía te habría levantado del suelo, contestó Pepita sonriéndose. Algo han de hacer las mujeres por los valientes, continuó mirando apasionadamente al capitán; y sobre todo, yo que te debo la vida y todo...

—Capitán, interrumpió una voz plañidera, soy un villano, un cobarde, que me he portado muy mal: perdóneme vd., ó máteme.

—¡Quién diablos piensa en eso, teniente Dávalos! respondió el capitán lleno de alegría, y teniendo enlazada con un brazo la cintura de Pepita. Acuérdesse vd. de la conversación que tuvimos una noche, y basta. Levántese vd., acabe de amarrar á los prisioneros, reuna la tropa y venga al

pueblo, que yo me adelanto con este ángel, con este tesoro de amor y de hermosura.

## VII.

## LA FUGA.

Algunos meses vivieron el capitán y Pepita en la más completa armonía. Excusado será decir que fueron felices. Se amaban ambos con una pasión ardiente, y los antecedentes que habían mediado y que ya conoce el lector, eran más que suficientes para formar los elementos de una sólida ventura. Pepita cada día se pone más linda y más interesante, y el capitán renunciando á sus devaneos y locos amores, pensaba seriamente en casarse con ella. Una noche á la hora de la cena, pensó en darle parte de sus proyectos, cuando José el asistente entró despavorido.

—Mi capitán, el caballo está ensillado; sálvese vd.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir con eso, José?

—Que el teniente Dávalos ha vendido á vd., y ha ofrecido entregarlo á los españoles.

—¡Imposible! eso no puede ser.

—Por Dios, mi capitán, prosiguió José hincándose de rodillas, que se salve vd.; dentro de cinco minutos estarán aquí.

—Nos defenderemos.

Pepita se interpuso, y le dijo con un acento tiernísimo:

—Sálvate, por Dios; sálvate, y no expongas á tu vida!

José, el asistente, llevó maquinalmente al capitán y lo montó en el caballo.

—¿Quiere mi capitán que lo siga, ó que me quede?

—Quédate con Pepita, y adiós. ¡Ah! toma esta llave, hija mía. Encontrarás en el cajón de mi mesa algún dinero. Es para que puedas vivir mientras que nos volvemos á ver.

—Mi capitán, el tiempo se pasa, y después....

—Adiós. El capitán salió, y al cuarto de hora llegó el teniente Dávalos con un piquete de tropa á ejecutar su traición.

—¿Dónde está el capitán? preguntó Dávalos.

—Acaba de irse al cuartel, mi teniente, respondió José con mucha calma.

El teniente se retiró; y ya se deja entender que no pudo dar palmada al capitán.

## VIII.

## VERTE, Y MORIR.

En una tarde nublada y triste del otoño, se hallaba el capitán sentado detrás de una vidriera de una casa situada por el rumbo de Belén. Estaba más pálido que de costumbre, y sumergido en una honda cavilación. Habían transcurrido catorce meses, y durante ese tiempo los horrores de la miseria y del destierro habían pesado sobre él. Fugitivo de pueblo en pueblo, y sin esperanza de regresar al lado de su querida Pepita, tomó el partido de entrar ocultamente á México, y negociar por medio de algunos amigos su indulto; mas estos pasos no surtieron ningún efecto, y por consiguiente era necesario que permaneciera incógnito entretanto se ponían nuevos medios en acción para conseguir su perdón. Mientras, sus recursos se habían agotado enteramente, y se hallaba en el caso de no tener que comer al día siguiente.

De esta especie de vértigo doloroso, lo sacó una voz que con acento entrecortado y conmovido, le dijo:

—¿Mi capitán, qué es eso? ¿qué le sucede á vd. que está tan abatido y triste?

El capitán volvió la cara y se encontró con el asistente José.

—Buen José, le dijo arrojándose á sus brazos.

—¡ Mi capitán!

—¿ Y Pepita? le preguntó tímidamente Luis, temiendo recibir una mala noticia.

—No hay por qué afligirse, mi capitán, la señorita está aquí. La cosa es muy sencilla; hemos sabido por la carta última de vd., la situación en que se hallaba.... ensillamos los caballos, y.... ya estamos aquí. Todos buenos, la niña tan hermosa como siempre. El alazán gordo, ¡qué brioso! y yo.... aquí me tiene mi capitán; pero la niña espera con ansia.

El capitán, como si acabara de salir de un profundo letargo, se dejó conducir por el asistente, bajó al patio, montó en su antiguo caballo alazán, y al cabo de breve rato se halló en brazos de Pepita, que lo aguardaba en una de esas bonitas y modestas casas de la Piedad.

—Vamos, no tengamos pesares, ahora que después de tanto tiempo nos volvemos á ver, le dijo Pepita limpiándose los ojos. Voy á enseñarte una alhaja que te traigo, y dirigiéndose á la cama tomó en sus brazos una niña de pelo blondo, ojos azules y cutis fino y delicado. ¿Reconoces á tu hija, Luis? Pobre Matilde, ya sabe decir papá. Pepita mecía á la niña entre sus brazos, la aproximaba al capitán, y cuando él la quería tomar, la retiraba y sonreía. Toma, toma y besa, y haz cariños á Ma-

tilde, continuó entregando la criatura á Luis, mientras voy también á demostrarte que soy una mujer económica.

Luis tomó en sus brazos á la niña, le besó la frente, los ojos, los pequeñitos y suaves labios, la estrechó contra su corazón, y corrió con ella por toda la pieza, brincando y saltando como un loco, y repitiendo: Pepita, Pepita, como si se le figurase que la criatura era un retrato, una miniatura de la que adoraba.

—Pepita volvió entretanto y puso en las manos del capitán unos cartuchos de onzas. Tú no debes estar muy rico ahora, Luis, y esto nos servirá para vivir algunos días con descanso.

—¿Pero este oro, Pepita? preguntó el capitán alarmado.

—Este oro es el que me dejaste: he trabajado para vivir, y sólo tomé alguna cantidad cuando esta buena alhaja salió al mundo. ¡Cómo sufrí sola, y con las ideas que me asaltaron de que te habías muerto! continuó apoyando su mórbida mejilla en el hombro de Luis.

Como después de un año de ausencia mucho tendrían que decirse los amantes, dejémoslos platicar todavía tres horas más, al cabo de las cuales el capitán, con el corazón lleno de placer y de esperanza, regresó á su habitación acompañado de José, y no volvamos á verlos hasta pasados ocho días.

## CONCLUSION.

Reinaba entonces en México una fuerte epidemia de fiebres. Pepita, de constitución robusta por una parte, y predispuesta con la irritación y los trabajos de un largo camino, fué atacada de la enfermedad; pero durante tres días lo disimuló por no alarmar á Luis. El cuarto le fué imposible levantarse, y considerando la cosa seriamente, envió á José en busca de Luis. Este llegó en efecto á poco: en cuánto lo vió Pepita, le dijo:

—Tenía yo desde que llegué, una tristeza secreta, un desasosiego inexplicable; nada te había dicho, porque creí que eran preocupaciones, pero ahora conozco que era el presentimiento de mi muerte.

—¿De tu muerte, Pepita? tú deliras, eso no es verdad, tú estás hermosa, robusta, buena, completamente buena.

—¡Luis!

—¡Ah! eso no es posible; Dios no querría arrebatarte del mundo, no por mí, sino por esta inocente.

—Luis, es forzoso resignarse. En cuanto á mí, deseaba únicamente verte y morir. Dios ha cumplido mi deseo; en lo demás, hágase su santa voluntad.

Pepita cerró los ojos y Luis le tocó la frente y los pulsos, y tuvo el doloroso des-

consuelo de cerciorarse que la devoraba la calentura. Comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia, á golpear las paredes con los puños y á proferir, ya maldiciones, ya plegarias á Dios.

—No hay tiempo que perder, Luis, exclamó Pepita con una voz débil. Mañana no estaré ya con mis sentidos cabales y es fuerza pensar en mi alma.

—Es verdad, es verdad, exclamó con despecho Luis.

—Búscame un confesor.

—Un médico.

—El médico servirá de poco; un sacerdote: Luis, mañana ya no será tiempo.

Luis corrió por un confesor y José por un médico; entretanto quedó Pepita al cuidado de unas buenas gentes que vivían frente á su casa.

José llegó con el médico, el cual la pulsó, la examinó minuciosamente y salió meneando la cabeza.

—¿Qué le parece á vd., señor doctor? le preguntó José.

—Que se disponga, porque mañana se declara una fiebre nerviosa y no tiene remedio.

El capitán llegó con el sacerdote al tiempo mismo que se acababa de marchar el doctor.

Luis se retiraba para dejar sola á Pepita con el médico del alma; pero ésta dijo:

—Mi confesión está dicha en dos pala-

bras. He amado mucho á Luis, y no tengo otro pecado.

—Y yo, padre, el no haber legalizado con el matrimonio el amor de este ángel.

Pepita tendió su mano, Luis se la estrechó, y el sacerdote bendijo esta unión. Después escuchó la confesión de Pepita, y salió diciendo:

—En efecto, esta niña era un modelo de virtud.

A los tres días Pepita expiró, y su hija Matilde, como había mamado la leche de la enferma, murió también en el seno de su madre.

Luis regaló á José los caballos y el dinero, y se encerró en el convento de San Diego de Tacubaya, de donde no salió sino al cabo de mucho tiempo.

